

LACASTA ZABALZA, José Ignacio: *George Orwell. Vida y Filosofía Política*. PUZ, Zaragoza, 2022, 186 pp.

No es la primera vez, ni mucho menos, que José Ignacio Lacasta se adentra en la vida y obra de George Orwell, seudónimo de Eric Blair. Lo hacía explícitamente hace ya la friolera de treinta y nueve años al seleccionar y presentar los textos recogidos en una publicación de la Editorial Revolución que, bajo el sugerente título *Dentro y fuera de la ballena*, recogía el breve e iluminador trabajo de Orwell «Dentro de la ballena», así como otras aproximaciones a la obra del célebre escritor y activista británico, como la de Jonah Raskin, «George Orwell y los grandes críticos caníbales», y la de E. P. Thompson, quien con su «Fuera de la ballena» servía de inspiración para el título de la publicación. El mismo José Ignacio Lacasta hacía su contribución con «Eric Blair, ¡cuidado con las ballenas!».

Me refiero a esta publicación, antes de nada, para entender dos cuestiones fundamentales, la primera, que el pensamiento político de Orwell no es para José Ignacio Lacasta una novedad, sino que ha sido para él un interlocutor de lujo durante la mayor parte de su recorrido intelectual con quien seguramente hoy más que nunca se siente identificado y, la segunda, la lectura integral que realiza acerca de las actitudes e ideas políticas de Orwell, que no recaen en el tópico de centrarse exclusivamente en el tan manido, conocido e interpretado genio literario de nuestro escritor británico a la hora de proyectar distopías totalitarias, siendo paradigmática la novela *1984*, que salió a la luz en junio de 1949.

A mi juicio, lo más reseñable del estudio de José Ignacio Lacasta son tres cosas, totalmente interrelacionadas, a saber, primero, cómo resalta el particularísimo concepto que tiene Orwell de socialismo, atractivo y depurado de toda suerte de ideologías oficiales, que no tiene como fin hacer del mundo un lugar perfecto, sino hacerlo mejor. Segundo, la actualidad de dicho concepto (en comunión con su crítica a la ideología neoliberal encarnada por Hayek). Tercero, un análisis histórico-psicológico del Eric Blair de carne y hueso, o sea, responder a la pregunta ¿cómo Orwell llegó a ser Orwell? Una pregunta, dicho sea de paso, que no tiene ninguna vocación esencialista, pues Orwell solamente puede ser comprendido desde la Historia y desde la propia historia de sus vivencias; lo que le llevó, por su integridad moral y política, a «cambiar aspectos de su filosofía política de izquierda en repetidas ocasiones». Esta integridad viene bien definida por el día a día de su propia vida, por una, como explicita José Ignacio Lacasta, «frugalidad que espanta», lo que no es óbice para que desarrolle Orwell un pensamiento «diverso, plural y pluralista», muy en sintonía con la complejidad de los tiempos que vivió. No obstante, hay otras tres dimensiones que se pretenden destacar en el libro que son de enorme interés para su autor y que podemos vincular también a los tres temas anteriores. La primera de ellas sería la del Orwell crítico de la religión; posición que, según José Ignacio Lacasta, se vería acentuada con la guerra civil de España, pero que hay que entenderla en un sentido mucho más amplio, esto es, como rechazo de todo tipo de dogmas, también de los marxistas, que a la postre podemos relacionar con una segunda dimensión, a saber, el rechazo orwelliano de toda clase de fanatismo, dentro del que podríamos incluir no solo el fanatismo de los fascistas, sino el de la inmoralidad de algunos métodos revolucionarios más mal que bien denominados a sí mismos socialistas. La tercera dimensión, a

la que dedica José Ignacio Lacasta no pocas páginas, es la relevancia que tuvo la «vivencia española» de Orwell durante la guerra civil como última parada en el camino que el libro pretende recorrer: el pensamiento político orwelliano.

El libro está estructurado en cinco capítulos y unas «Meditaciones finales» a modo de conclusión. El primer capítulo se centra en las reflexiones de Orwell acerca del poder (entre las que la alegoría de la ballena o los hobbesianos monstruos marinos Leviatán o *Behemot* adquieren protagonismo) y sus críticas al dogmatismo religioso y político de un lado y otro del espectro, con especial mención, por la actualidad que con buen tino percibe José Ignacio Lacasta, de los desmanes de una peligrosa ideología del siglo xx, a saber, el neoliberalismo surgido de la prédica de F. A. von Hayek del achicamiento del Estado, cuyas tesis se ven refutadas por la historia más reciente que nos ha tocado vivir a colación de la pandemia causada por el COVID-19 que nos debería ayudar a concluir la necesidad de unos Estados sólidos y solventes, que puedan intervenir y acudir en ayuda de los ciudadanos, o sea, de las personas para las cuales estos Estados trabajan (y no viceversa).

En efecto, principiando por la alegoría del poder omnímodo del sistema político y sus dirigentes, que representa la ballena, podemos decir que José Ignacio Lacasta comienza con el final: con la ideología y la política del último Orwell, que, cansado y desengañado, propone más o menos coexistir con el Leviatán, o sea, vivir y escribir dentro de la ballena. Teniendo en cuenta que Eric Blair participó y luchó fusil en mano como miliciano del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), nos plantea José Ignacio Lacasta: «¿Será posible cambiar tanto durante una misma vida?». Responder a esta pregunta será el objetivo principal del libro, no tanto mediante causas pretendidas, sino con datos y hechos, o sea, mediante la historia de una vida enmarcada en toda la complejidad de su contexto. Para ello es también necesario comprender que, de algún modo, las preocupaciones políticas de Orwell no cambiaron en modo alguno en su contenido, pues, si la igualdad y la justicia son dos valores fundamentales en su pensamiento político, en algunos momentos considera que es necesario establecer un partido socialista británico con objetivos revolucionarios para, entre otras cosas, frenar el avance del fascismo y, en otros momentos, afirmará rotundamente –como en su reseña crítica del libro de F. A. von Hayek, *Camino de servidumbre*– que lo fundamental no es defender el colectivismo sino la necesidad de lo público: la competencia siempre concluye con alguien que gana, y el mercado, aunque necesario, dejado a su rienda suelta lleva al paro y a la guerra entre imperios monopolísticos.

Por su parte, los capítulos segundo y tercero del libro de José Ignacio Lacasta giran en torno al origen vital y psicológico de la transformación de Eric Blair, o sea, alrededor de las motivaciones que hicieron del estudiante de las prestigiosas escuelas de Eton y Saint Cyprian un socialista. En este sentido, me parece sobre todo relevante el capítulo tercero, en el que José Ignacio Lacasta nos descubre el hito fundamental, catalizador podríamos decir, que hace de la transición orwelliana a la mentalidad socialista un hecho. Me refiero a sus terribles vivencias como miembro de la Policía Imperial británica de Birmania. En efecto, como narra José Ignacio Lacasta, Orwell no siguió el camino habitual de un estudiante de Eton que sería proseguir sus estudios en la Universidad de Cambridge. Lo que por entonces quería Orwell era ganar dinero y ser autosuficiente, pues, pese a haber compartido estudios con lores e hijos de la alta burguesía inglesa, su condi-

ción de hijo de un funcionario del Ministerio del Opio en la India británica no lo igualaba precisamente en estatus. Su familia estuvo de acuerdo con la idea de que el joven Eric Blair ingresara en la Policía Imperial, lo que supone un nada desdeñable esfuerzo intelectual para él, ya que los exámenes de acceso no eran precisamente sencillos, y un también importante esfuerzo económico para su padre.

Es entonces, como veníamos diciendo, desde que en 1922 ingresa en la Policía Imperial de Birmania, cuando comienza realmente el proceso de transformación. Este se manifiesta, como explicita José Ignacio Lacasta, gracias a un proceso de depuración del esnobismo y los defectos propios del estamento social al que pertenece, a la vivencia de toda la crudeza y horror de los efectos del colonialismo británico y sobre todo a lo que vendría después en su vida, a una aproximación vital a la pobreza y la marginación. Al rechazar el clasismo británico, más acentuado que en otras sociedades europeas, se encuentra en disposición de dirigirse hacia la igualdad, que será, piensa José Ignacio Lacasta, el principio que estimula todo su pensamiento político.

Como policía en Birmania, Orwell llega a maldecirse a sí mismo por haber hecho el trabajo sucio del Imperio, y maldice también al sistema de «justicia» con sus represivas leyes penales, sus malolientes cárceles de gruesos barrotes, cuerpos castigados y torturados, etc. en un contexto, por lo demás, en el que Orwell se da perfecta cuenta que el Imperio británico no tiene razón, justificación o legitimación alguna para ocupar aquellas tierras ni aún menos para hacerlo de aquella manera. Dicho de otro modo, Orwell se hace plenamente consciente de una doble injusticia: no solo se ahorcaba, torturaba y encarcelaba a la gente, normalmente autóctona del país, sino que dichos desmanes se cometían en calidad de «indeseables invasores extranjeros». Por todo ello, después de cinco años en la Policía Imperial su descontento acabó convirtiéndose en verdadero odio hacia ese modo de proceder del imperialismo británico. Así, como relata José Ignacio Lacasta, Orwell abandonará dicho cuerpo policial para decepción y enojo de su familia, sobre todo de su padre y su hermana, que no pudieron o no quisieron entender los nobles y éticos motivos de Eric Blair.

El capítulo cuarto del libro comienza con la mala conciencia de Orwell por haber servido al imperialismo y al colonialismo británicos y cómo poco a poco persigue convertirse en escritor y aproximarse al socialismo. Considera que antes de estar seguro de su aquiescencia con el socialismo debía conocer la realidad de las clases sociales pobres y trabajadoras, por lo que consideró que este empeño tenía que comenzar con la vivencia de la miseria y la marginalidad. En este sentido, se centra José Ignacio Lacasta fundamentalmente en la obra orwelliana que mejor refleja el tránsito de Eric Blair a la vida mendicante, a saber, *Sin blanca en París y Londres* y en la obra a través de la cual realiza un estudio del mundo de la minería británica en el norte de Inglaterra, *El camino de Wigan Pier*.

En efecto, en París Orwell conoció la dureza del *plongeur*, o sea, del especialista en fregar platos en un restaurante bajo deplorables términos contractuales: jornadas de quince horas, sueldo escaso, falta de higiene, etc. De la capital de Francia se trasladó a Londres, donde vivió como vagabundo para experimentar la condición de los sintecho, quienes lo aceptaron como uno más. En ese tiempo conoció el ambiente de los refugios y el alcoholismo. Tras esta experiencia, que sin duda le marcó profundamente, pasó a ser maestro de colegio, empleado de librería y jornalero del campo recolectando lúpulo (en este último empleo trabajando de sol a sol, sin apenas recuperar sueño y con las

manos ensangrentadas). Por lo demás, durante todo este período, siempre le perseguía una obsesión que lo motivaba: comprender mejor la realidad social, la tolerabilidad o no del estado de cosas y la razón de ser del socialismo.

Tras toda esta experiencia pensó largamente y pasó a proponer su programa socialista. En primer lugar, es necesario defender la libertad y la libertad de intelecto. Orwell tiene bien claro, explicita José Ignacio Lacasta, que el movimiento socialista no debería negar el comercio ni el mercado, pero este, a su vez, no puede dejarse a su arbitrio: es necesario que los poderes públicos intervengan, sobre todo en cuestiones como la vivienda. En segundo lugar, Orwell comparte la sencillez de las clases trabajadoras y se mantiene firmemente en contra de extravagantes defensores de la causa socialista (movimientos que estarán por venir como el de los *hippies*). Para Orwell este tipo de personas simplemente ahuyentan a la gente sencilla. En tercer lugar, considera Orwell que hay elementos ideológicos innecesarios, como la idealización del trabajador manual frente a otros trabajadores. Sin embargo, el oficinista, el viajante, el ingeniero, el universitario sin empleo y tantas otras personas en situaciones afines pueden interesarse por el socialismo. En este sentido, estima que habría que ampliar la comprensión de lo que es el proletariado. En cuarto lugar, la idea fundamental de que sin trabajo no hay libertad. Para José Ignacio Lacasta, Orwell tiene bien claro, como también lo tenía Proudhon, que el trabajo es «la condición inexcusable del ejercicio de la libertad». En quinto lugar, el socialismo no debe construirse como una utopía materialista centrada solamente en el hecho económico que termine por dirigirse a «personas sin alma». El fascismo, explicita José Ignacio Lacasta, se aprovechó mucho de ello, presentándose como baluarte de la tradición, de los valores, de la fe cristiana o de las virtudes militares. El socialismo, en definitiva, se ha de dirigir contra la tiranía y sus líderes han de rectificar el camino y aclarar suficientemente que los fines esenciales del movimiento que representan son la justicia y la libertad. Esta y no otra, afirma José Ignacio Lacasta, es la postura que defendió Orwell, quien llegó a explicitar que cada línea que había escrito desde 1936 era en contra del totalitarismo y a favor de un socialismo democrático (tal y cómo él entendía este término).

El capítulo quinto es el más extenso del libro. Debemos destacar sobre todo dos cuestiones, primero, la relevancia que para el pensamiento político de Orwell tuvo la guerra de España (que relata sobre todo en *Homenaje a Cataluña*) y, segundo, algunas consideraciones orwellianas que José Ignacio Lacasta considera que hay que matizar por carecer de fundamento en algunos de sus extremos.

En realidad, los dos aspectos antedichos tienen mucho en común, aunque no debemos concluir que su crítica furibunda hacia el comunismo soviético se deba exclusivamente a sus vivencias en España. Orwell, desde luego, cuenta José Ignacio Lacasta, cree con bastante seguridad que la alianza del Frente Popular es una alianza entre enemigos (de un lado el republicanismo liberal burgués y de otro lado la clase obrera revolucionaria) y cree con mayor certeza aún que las acciones del PCE/PSUC durante la guerra pueden considerarse antirrevolucionarias, concluyendo incluso que todo movimiento comunista –que en el fondo trabajan bajo las órdenes de la URSS– es una fuerza contrarrevolucionaria. En este sentido, manifestaba Orwell con horror que la táctica comunista fue mentir acerca del POUM, diciendo que pretendían escindir las fuerzas del gobierno y que eran una pandilla de fascistas camuflados. José Ignacio Lacasta matiza

estas consideraciones al final del capítulo y concluye que estas aseveraciones de Orwell, si bien no carecen de todo fundamento, resultan desmesuradas o, al menos, poco atinadas, pues, para empezar, en lo que se refiere al Frente Popular no hay que olvidar que fueron las elecciones de 1936 las que dieron democráticamente la victoria a la coalición frente a la poderosa derecha española. En cuanto a la etiqueta de «contrarrevolucionaria» para toda fuerza comunista, desde luego, la vivencia de Orwell del enfrentamiento entre miembros del POUM y la CNT de un lado y de miembros del PCE/PSUC de otro por las calles de Barcelona, así como la ilegalización del POUM y la desaparición de su principal dirigente a manos de lo que Ángel Viñas ha venido en llamar el «vector soviético» no es poca cosa, sobre todo si a los crímenes de dicho vector sumamos la matanza de Paracuellos. En cualquier caso, explicita José Ignacio Lacasta, desarrollando toda esta cuestión con mucho más detenimiento de lo que aquí podemos hacer justicia, «más que un PCE contrarrevolucionario nos encontramos con un partido político de diversas caras». Sea como fuere, parece comprensible el enfado de Orwell, quien luchando codo con codo con las fuerzas del POUM fue herido de gravedad en la garganta. Que sobreviviera fue considerado por los médicos del frente prácticamente como un milagro.

En todo caso, y pasando ya al último capítulo del libro, titulado «Meditaciones finales», la guerra marcó profundamente a Orwell y es buen botón de muestra de cómo las circunstancias históricas y la experiencia que tiene de ellas modelan su pensamiento político. Sobre el mismo PCE Orwell pensaba al principio de la contienda que había guiado heroicamente a las Brigadas Internacionales en la defensa de Madrid, pero su postura cambió en 1937 cuando vivió con intensa decepción los ya mencionados enfrentamientos de estos con el POUM y los anarquistas en la ciudad de Barcelona. Sea como fuere, como pone de manifiesto José Ignacio Lacasta, George Orwell reconoce que la extracción de sus más notables principios éticos que acompañarán siempre su pensamiento político ha venido tras haber vivido todo aquello en España. Fue en España, precisamente, donde vivió lo que hasta entonces solo había contemplado como idea: fue a parar, piensa Orwell, al único lugar de Europa Occidental donde la conciencia política y la desconfianza del capitalismo era más habitual que lo contrario. Eso sintió, afirma José Ignacio Lacasta, entre miles de campesinos y obreros. Creyó en esa suerte de socialismo hispánico que, según sus términos, tenía un sentido innato para la dignidad humana y el instinto anarquista.

Después de la guerra en España narra José Ignacio Lacasta, entre otras cosas, algunos de los episodios más famosos de la vida de Orwell. No pudiendo luchar en el ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial terminó entre 1941 y 1943 trabajando para la BBC. Por esas fechas el matrimonio Blair adopta un hijo, pero al poco su mujer, Eileen, muere. Desgraciadamente no pudo comprobar como finalmente George Orwell alcanzaba un éxito literario mundial, primero con *Rebelión en la granja* y, después, con su obra maestra, *1984*. Por entonces, el pensamiento político de Orwell sigue evolucionando. *El león y el unicornio: el socialismo y el genio inglés* o el ya citado *Dentro de la ballena* son buena muestra de ello. Pero no hay ningún giro hacia un liberalismo, podríamos decir, de derecha ni nada que se parezca. La defensa de Orwell en favor de un cierto liberalismo, de la libertad de pensamiento y de expresión, nos aclara José Ignacio Lacasta ya hacia el final del libro, no es para Orwell algo que esté reñido con la dimensión más colectiva de su proyecto político, donde otro Estado, que sea palanca del socialismo en

lo económico y social, se hace necesario. El caso, bien claro para Orwell, de una nueva educación pública que sustituya el clasismo en el sistema de enseñanza británico, donde el mérito sustituya al origen social, es un buen ejemplo. Las exigencias políticas orwellianas, concluye José Ignacio Lacasta, necesitan del Estado, de un nuevo Estado, inserto siempre, eso sí, en una democracia pluralista efectiva.

Marcos ARJONA HERRAIZ
Doctor en Filosofía del Derecho